



El subhéroe y la ciudad

SOL
ASTRID
GIRALDO

Me gusta mirar los monumentos de héroes de las ciudades latinoamericanas. Me atraen sus maneras galantes pasadas de moda, aquellas charreteras salpicadas de excremento de pájaros, y esos vestidos atrapados en piedras de pliegues sucios. Me intrigan aquellas historias mudas y ciegas, sus melodramas sin espectador y sus actuaciones sin aplausos. También me sorprende la absoluta incoherencia de ese conjunto que terminan formando a través del espacio urbano, de los tiempos, de la sucesión de los poderes.

¿Cómo se le pueden hacer loas, estatuas y gigantescas inversiones públicas por igual al conquistador y al indígena que aplastó?, ¿al capitán que trajo a España y al general que rompió los lazos con ella?, ¿al esclavizador y al esclavo?, ¿al que expulsó piratas y al pirata? ¿Cómo pueden convivir en los altares de la patria, sin que a nadie le moleste, los conflictos, tensiones y negociaciones de unos frente a otros? Es que si Jorge Robledo tenía la razón, entonces Bolívar no. O viceversa. ¿Cómo hacen ambos para seguir erguidos, uno al lado del otro y frente a todo? En algunos países, al menos derriban a los ídolos caídos en febriles episodios de iconoclastia pública. Aquí todos continúan de pie, así haya pasado hace mucho su momento, en un mismo limbo de telarañas y silencios.

¿Qué hacemos entonces aceptando como héroes a los dos términos de una oposición? ¿Todo se puede deglutir en el vientre de la memoria? ¿Todo se puede homenajear en la manía conmemoratoria oficial? Parafraseando en reversa a Marx, ¿todo aire, todo extravío, puede terminar petrificándose en lo sólido del bronce y el mármol? Despleguemos sobre el tapete algunos ejemplos al azar. En Cartagena se venera a Heredia “mataindios” y precisamente también a la India Catalina. En Bogotá, a los Reyes Católicos y a Santander. Estas incoherencias históricas o estéticas permean otras urbes latinoamericanas como Ciudad de México, que exhibe con igual desparpajo y ceremonia su monumento a Cortés y su *Monumento a los Indios*. En Buenos Aires, el caballo de Belgrano se encabrita civilizadamente al lado del salvaje que monta *El aborigen* en la plaza Garay, Y entonces uno podría dejarse llevar por un delirio literario e imaginar qué clase de conversaciones se darían entre Berrío y la Gorda de Botero, o entre el Cristo Rey del cerro El Salvador y la mujer con pubis de maíz de la fuente de Suramericana. ¿Encontrarán de qué hablar o solo se lanzarán dardos y maldiciones a través de los años, las ideologías, las estéticas, los barrios de la ciudad?

A los transeúntes afanados no les perturba esta memoria sin programa, yuxtapuesta, contradictoria. Es que pareciera que, mientras más sólidas, estas figuras menos se ven. Con ellas ha sucedido una paradoja. Si bien fueron creadas para instaurar lugares de memoria, con los tiempos se han convertido en generadoras de no-lugares. Lo que está a su alrededor, en vez de volverse visiblemente significativo, se hunde en un agujero negro que se traga el espacio, para convertirse en una especie de antimateria, sorda y muda. Es como si los monumentos tuvieran el poder de taparse a ellos mismos con una capa de invisibilidad a pesar de su exuberancia material. Sin embargo, si algún día uno se toma el trabajo de mirar a través de esta pátina de invisibilización, se podría encontrar en medio de una aventura, por lo menos entretenida.

Al hilo de perlas del conjunto esquizofrénico y fragmentado de los monumentos públicos de Medellín ingresó recientemente un personaje que podría ser la joya de la corona: *Superman*, el de la capa, el mechón y los pectorales, como si no hubiésemos tenido ya bastantes de aquellos prohombres que inventaron el horizonte de progreso con machetes y silletas, y no pocas veces escopetas. La gula de imágenes de la ciudad es insaciable. Así, en 2008, cuando se decidió crearle una nueva escenografía al principal centro del poder financiero local en Ciudad del Río, el arte fue llamado a apoyar visualmente esta retórica del poder económico.¹ Como en los tiempos de la Roma imperial o la renacentista... ni más ni menos.

El arte le canta al oro

Una práctica que tampoco ha sido nueva en la ciudad. Recordemos, por ejemplo, el *Monumento a la vida* de Arenas Betancourt, bautizando la sacralidad metálica de la tutelar empresa de seguros de la ciudad, o *El desafío* (del mismo Arenas) y el mural de Pedro Nel Gómez en el parque de Berrío, monumentos directamente financiados por bancos que buscaban reforzar con libretos heroicos la acumulación de sus capitales.



Así, nuestro *Superman* ya no sale de los libros de historia decimonónicos, sino que emerge de la bidimensionalidad, la tinta, el papel, lo efímero, lo consumible, lo banal, lo prosaico. [...] Sin embargo, muy en el estilo de Ospina, aquí establece unos diálogos perversos con la alta cultura cuando el atlético Superman de la tira cómica colisiona en esta escultura con *El pensador* de Rodin.

Con ellos ya no se homenajeaban solo historias regionalistas, sino también victoriosas hegemonías económicas.

Sin embargo, hay un abismo entre aquel hombre inflamado y a caballo de *El desafío*, con sus brazos nervudos, manos empuñadas y movimientos hacia las estrellas, y este torpe héroe encorvado con malla, caído en los pulcros jardines de Ciudad del Río. Mientras en el primero todo es ascenso, fortaleza y valores patriarcales, en este otro hombre que cambió el caballo por una capa pesada todo es detención, ambigüedad e indecisión; mientras el hombre de Arenas participa del canto del progreso de su mecenas, este subhéroe permanece sentado a

los pies de un castillo feudal financiero a cuyo banquete no ha sido invitado.

La anécdota de un *Superman* pensador que no puede volar al extraviarse en una reflexión se podría interpretar como una fina broma realizada por Nadín Ospina, su creador. No en vano este artista es responsable de algunas herejías mayúsculas contra varios consagrados imaginarios oficiales latinoamericanos, como sus ya legendarios monumentos precolombinos cruzados con los códigos banales y masivos de Bart Simpson o Tribilín. Quizá la prestancia del artista y el auge de su obra en el mercado de valores del arte motivaron su adquisición por parte del banco-mecenas. Sin embargo,



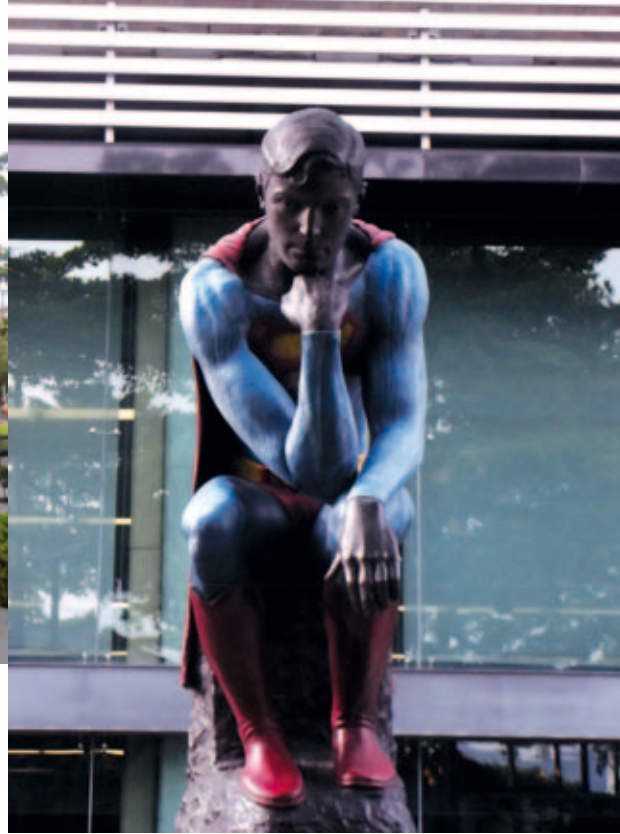
la presencia de esta antiescultura es subversiva e inquietante. Y parece devolverse tanto contra su benefactor, como contra las funciones que se le endilgan y el mensaje que se quería transmitir.

La palabra “héroe” que tiene incrustada dentro de su nombre le permite hacer parte de una cadena de significantes a la que pertenecen otros “heroizados” de la ciudad, como Robledo, Bolívar, Girardot, Berrío. Sin embargo, en este caso no solo es héroe, sino además, y sobre todo, “súper” héroe. Y este prefijo lo lleva de inmediato a otra cadena asociativa que lo ubica esta vez al lado de otros “súper”, como Batman, Robin o el Hombre Araña... fugados de otros contextos. Fugados precisamente de las imágenes.

Así, nuestro *Superman* ya no sale de los libros de historia decimonónicos, sino que emerge de la bidimensionalidad, la tinta, el papel, lo efímero, lo consumible, lo banal, lo prosaico. Es decir, de la cultura popular, la cultura para las masas, la baja cultura. Sin embargo, muy en el estilo de Ospina, aquí establece unos diálogos perversos con la alta cultura cuando el atlético Superman de la tira cómica colisiona en esta escultura con *El pensador* de Rodin. Aunque el escultor francés había dicho que su famosa obra pensaba con todo el cuerpo, la de Nadín pierde el pensamiento en un cuerpo que, sin embargo, tampoco puede ya lanzarse a la acción, convirtiéndose en un héroe

desfuncionalizado que no sube los brazos, que mira hacia abajo, que pierde la vertical actitud masculina exigida por los códigos oficiales. Apenas una ballena varada, un titán enfermo donde las áureas proporciones del cómic y la escultura clásica devienen una masa de músculos amontonados sin glamour. La capa aplasta las nalgas con las que *El pensador* de Rodin aspiraba emparentarse con la escultura griega, en esta figura frontal, hecha solo para ser mirada por delante.

El guiño de Nadín se extiende hasta el pedestal cilíndrico, que no es más que eso, un guiño, un simulacro, una parodia, una apropiación: una forma traída de la escultura decimonónica como una broma. Sin embargo, el cliente-banco no parece tener conciencia de ello y lo emplaza con todo el rigor y las convenciones de los símbolos patrios. Lo coloca sobre esta desproporcionada base en el centro de un espacio vacío que resalta su volumen y talla. Incluso le instalan al frente un juego de lámparas que lo iluminan teatralmente por la noche, con toda la seriedad y el acartonamiento del caso, como si se tratara realmente de un héroe tutelar en medio de esta plaza, discreta a su pesar.



Sin embargo, ¿qué clase de héroe sería este? ¿Qué personaje, acontecimiento histórico o hazaña recordaría? ¿Qué valores cívicos, políticos o morales reforzaría? Es que este es un monumento que nace y muere en su masa, en su choque de discursos, en su origen híbrido y bastardo, en su total vacuidad. Héroe triste, aburrido, de cara ennegrecida por el color del bronce, lejos del brillo y la tranquilidad de conciencia del mármol. Héroe que ni piensa, ni actúa, abatido por la explosión de símbolos en sus feos manos de gigante torpe. Esa es la particular kriptonita de este héroe que ni siquiera convoca, como la popular *Gorda*, aquella dama deforme comprometida con otro banco y otras genealogías plutocráticas, y exitosa en su reclamo a las multitudes.

Una mañana de marzo de este año volví a visitar esta plaza que nadie visita, en medio de grandes avenidas cruzadas frenéticamente por automóviles y debajo de la caja registradora que sostiene el modelo económico paisa. Solo estaba allí un hombrecito moreno con camisa de cuadros arremangada y zapatos gastados, quien por un buen rato miró al héroe absurdo y después se dio la bendición. En seguida se marchó. Yo también lo hice después de un rato, después de respirar la marginalidad de este espacio marginal surgido alrededor de un héroe hecho para volar, que aquí quedó

Héroe triste, aburrido, de cara ennegrecida por el color del bronce, lejos del brillo y la tranquilidad de conciencia del mármol.

varado, como aquel otro señor viejo con alas muy enormes del que tanto hemos oído hablar. Me alejé, sin darme la bendición, pero intrigada por toda la quiebra de sentidos en esta figura enorme, costosa, paródica, a quien ni siquiera dejaron reír. **U**

Sol Astrid Giraldo (Colombia)

Filóloga con especialización en Lenguas clásicas de la Universidad Nacional y magíster en Historia del Arte de la Universidad de Antioquia. Ha participado en proyectos editoriales y curatoriales del Museo de Antioquia, el Museo de Arte Moderno y el Centro de Artes de la Universidad EAFIT. Colaboradora de revistas nacionales y latinoamericanas. Autora de libros y catálogos de arte.

Notas

¹ En las afueras de la oficina central de Bancolombia se instalaron, además del *Superman* de Nadín Ospina, la escultura *Manglar largo* de Ricardo Cárdenas sobre un árido pavimento y *El caminante* del Grupo Utopía, en una zona de tráfico alto donde nadie puede caminar.